

Enrique Arruej

Sus relaciones sociales
rompió con Arruej, y él solo
tiende á aumentar sus "metales..."
¡Por de pronto hay ya en Apolo
varias cajas de caudales!

20
CÉNTIMOS

Enrique Durán



CHARLA SEMANAL



Con motivo de la huelga de los obreros ferroviarios de la red catalana, comienza á cundir el pánico en aquella región. Los perjudicados son muchos, pues á nadie se le ocultan las funestas consecuencias que la huelga trae consigo; pero, sin duda alguna, el español más perjudicado de todos es el general Weyler, que tendrá que interrumpir sus cotidianos «paseítos» desde la ciudad condal hasta nuestro paseo de Rosales.

Cierto que es muy doloroso que la correspondencia se retrase, que los viajeros lleguen tarde y que las mercancías no lleguen nunca; pero es más doloroso aún que el «flamante» D. Valeriano se tenga que quedar en Caspe ó que no pueda—á todo tirar—«internarse» más que hasta Casetas.

He aquí una reclamación político-ferroviaria que el general piensa hacer al Gobierno en cuanto se abran las Cortes, desde su polvoriento escaño senatorial.

Para que D. Valeriano no interrumpiera—durante el holgorio ferroviario—sus diarias visitas á la Corte de las Españas, se pensó en el automóvil; pero el general se opuso terminantemente, alegando que el «auto» es una «prenda» de lujo que no «de va», en armonía con su chaquet del año 72. Se pensó también en el caballo como medio de locomoción; pero á eso se opusieron cariñosamente todas las «fuerzas vivas» de Cataluña, que, recordando los «porrazos» de las Ramblas, no confían en el general ni como jinete... ni como político.

El Gobierno, que á otras preocupaciones tiene que unir esta de la huelga y esa otra del «paro forzoso» de D. Valeriano, confía en que podrá dominar el movimiento ferroviario, y cuenta, además del concurso del Ejército, con una serie de ofrecimientos estimables que recibe á diario de todas las clases sociales.

Así, por ejemplo, una nutrida y despampanante Comisión de modistas madrileñas ha visitado al presidente del Consejo de Ministros para ofrecerle sus servicios en calidad de «guarda-agujas».

Aguilera y Barroso han demostrado una vez más su adhesión á la política del partido liberal demócrata, ofreciéndose á marchar á cualquier estación de la red catalana para trasladar bultos hasta donde se les ordene.

Varios aguadores, areneros, vendedores de chochos y mo-

no-sabios de la Plaza de Toros de Madrid, con el hombre Barajas á la cabeza, se han brindado desinteresadamente á prestar el servicio de «guarda-barreras».

Todos los yernos, hijos y sobrinos de Montero Ríos, en clase de factores que alteran el producto—el «producto» nacional—llenarán los servicios de «factorías».

Y, por último, varios «astros coletudos» de la acera del Inglés, capitaneados por unos cuantos toreros de tronío se brindan á viajar en el furgón de cola, en clase de «muletas», para que nada falte á los convoyes que salgan de Barcelona.

Con tales ofrecimientos, y otros mil que recibe el Gobierno á todas horas, prométeselas muy felices el Sr. Canalejas, de quien se cuenta un chiste á propósito de la huelga.

—Figúrense ustedes—dicen que dijo el presidente á los periodistas—; una huelga capitaneada por Ribalta... Ribalta... ¡Eso es una estación de tercer orden!...

Y terminó cantando con tono zumbón:

—¡Ribalta,... un minuto!

* * *

Han hecho su presentación las primeras lluvias sin ser saludadas por nadie... ¿Han visto ustedes qué injusticia?...

Surgen las primeras lilas y, en seguida, comienzan á aparecer en los periódicos versos y crónicas en «door» de las lilas susodichas.

Aparecen los primeros días primaverales y, á cada «prise» acompaña un aluvión de imágenes y de ripios que espanta.

Comienzan á caer las primeras hojas y, con su caída, coincide la publicación de versos melancólicos y sonatas sentimentales.

Pero sobrevienen las primeras lluvias, y... nada. Ni una crónica, ni un soneto, ni un madrigal siquiera. ¡Solo el inevitable «suelto atmosférico de Rigel», en el Herald!

Y, sin embargo, las primeras lluvias tienen mucho «que ver» y mucho que contar. Por de pronto, en cuanto caen cuatro gotas se levantan las señoras cuatro dedos de falda; si las gotas aumentan, los dedos suelen aumentar también, y, ya puestas así las cosas, está uno pidiendo á Dios que llueva á chaparrones...

¿No es verdad lector, que es una injusticia este «vacío» que se les hace á las primeras lluvias?

Mingo Revulgo.

LA FUERZA DE LA COSTUMBRE

CASATE Y VERAS

Hay en Madrid un bohemio, aficionado á la literatura, muy gracioso y muy original, para quien la vida es un milagro que empezó en el vientre de su señora madre y no parece que termine hasta la sepultura.

No digo su nombre — aunque ya se ha visto varias veces en escritos —, porque pudiera molestarle y es un amigo á quien quiero muy bien.

Claro que él, como todos los que pertenecen á esa cofradía, que el más inteligente de sus miembros bautizó de *operadores*, se levanta todos los días pensando que eso de comer no es más que una entequeia y, algunas veces, hasta llega á afirmar que es un invento superfluo de los ricos para darse tono.

Desde el momento que pone el pie en el suelo este infatigable conquistador de lo imprevisto, ya está dándole vueltas al magín, hasta encontrar el medio de resolver el *pavoroso problema del cocido*, manjar que suele estar en el bolsillo de un amigo suyo, sin que el interesado se dé cuenta hasta el momento del *asalto*.

Nuestro héroe es hombre de buen contentar y de vastos horizontes; así, que si el amigo no tiene dinero, tendrá libras, y si no ropa vieja; le es igual. Él posee como nadie el arte de vender prendas inservibles en las traperías y de *colocar* á los libreros de viejo libros inservibles. Esto, le ha dado tal confianza con esos energúmenos usurarios que tienen un feudo en la calle del Horno de la Mata, que entra y sale en sus tiendas como si fueran su casa.

Un día nuestro hombre tuvo unos duros, puede que ni él mismo sepa decir cómo, pero los tuvo. Luego de comer bien y tomar café, como es persona inteligente y de buen gusto, pensó en comprar un libro que ha tiempo tenía ganas de leer, y con este motivo encaminóse á casa de uno de los libreros amigos suyos.

Cuando llegó á la tienda, hallábase el dueño ocupado en servir á un parroquiano, y el bohemio recorrió con la vista los estantes, cogiendo el libro cuando lo hubo encontrado. Una vez que salió, acercóse al mostrador y se lo mostró al librero. Este lo miró, le dió unas vueltas en la mano y preguntó muy serio:

—¿Cuánto?

Sorprendióse un poco el bohemio, pero se serenó en seguida, y pensando cobrar algo de lo que el librero le explotara en sus ventas, dijo sin inmutarse:

—Dos pesetas.

Y con los ocho reales en el bolsillo salió de la tienda triunfal, majestuoso, dando fuertes chupadas á un cigarro de veinte céntimos.

Javier Araluca.

Coplas.

Es tu cabecita
como las muñecas,
por fuera, ¡qué lindas!;
por dentro, ¡qué huecas!

Pedir á tu corazón
piedad, ó amor, ó dulzura,
es lo mismo que á las olas
pedir que no hagan espuma.

En ensueños yo veía
que con otro me engañabas,

y eran los celos traidores
que confundían mi cara.

Todas las mujeres son
muñequitas de bazar,
que valen según el lujo
que las quieren presentar.

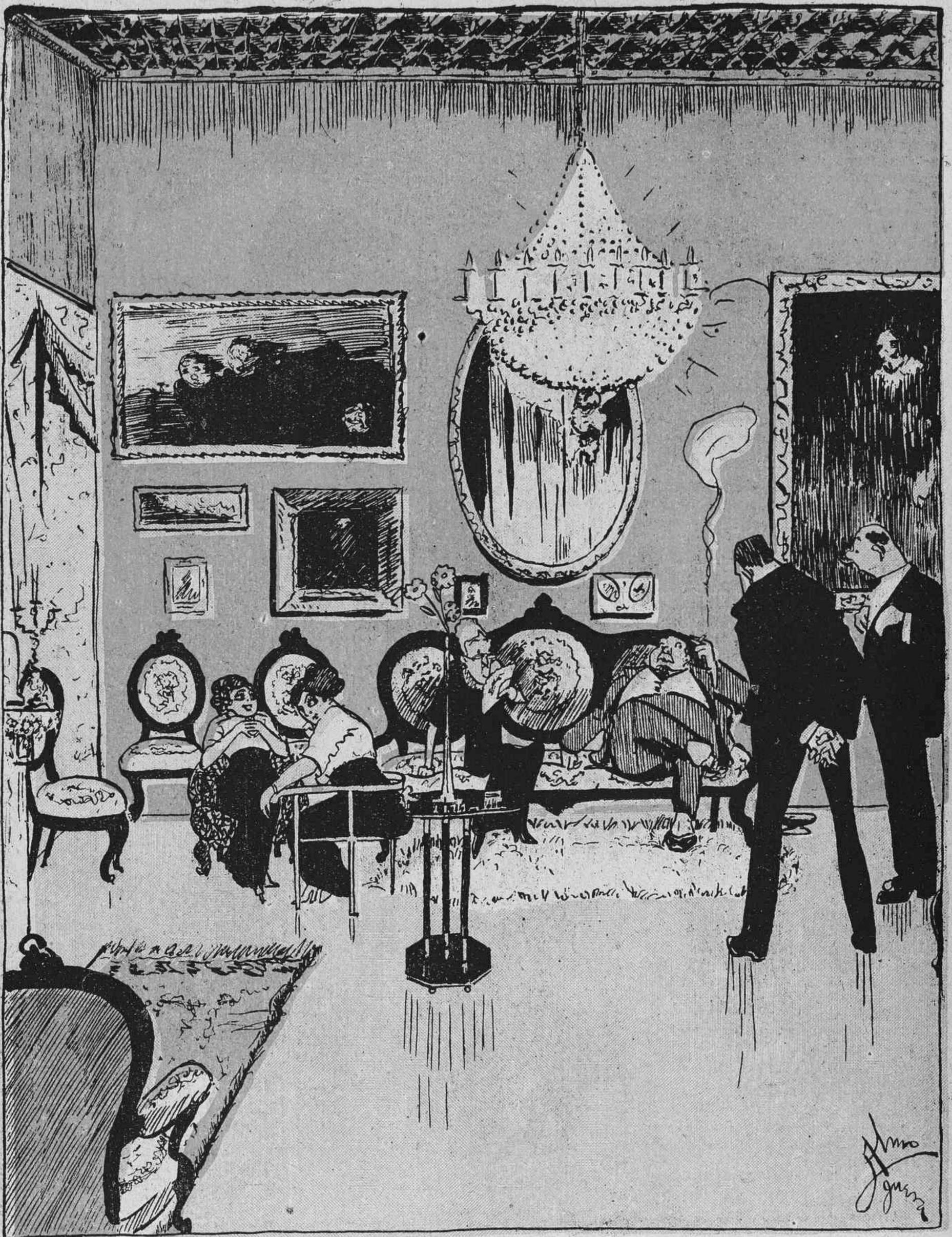
Angel Díaz Enrich.



—Cuando nos casamos, ya sabías que papá era teniente y que por mis venas corría sangre de un guardia civil.

—De uno, sí; ¡pero yo no sabía que llevaba un tercio entero en las venas!

DESPUÉS DEL TE, por Almoguera.



Ellas, cuchicheando:

—¿Has visto qué bruto es Galíndez?

—Ya, ya; mamá dice de él que en lugar de tomar el te con *pastas*, lo debía tomar con *pastos*.

LO MEJOR DE LONDRES, por Izquierdo Durán.



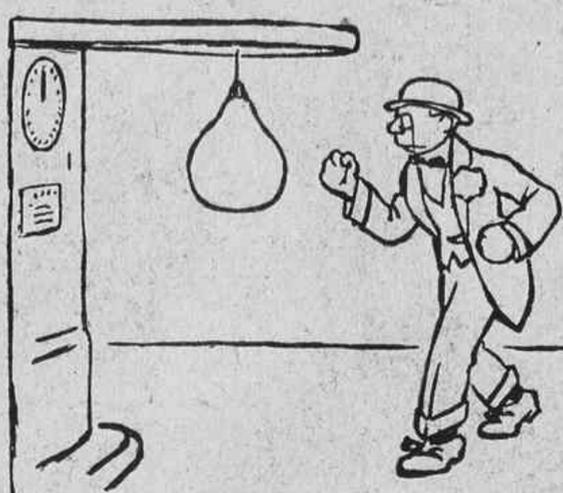
—¿Qué es lo que más te ha gustado de Londres?
—La niebla; gracias a ella no te ven á uno los ingleses.

El "divertido" juego del walón.

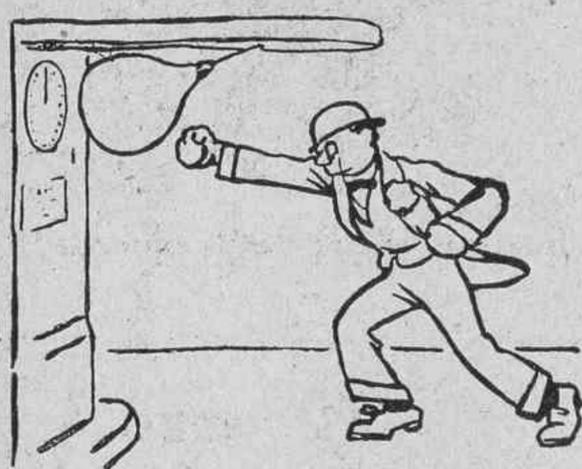
(HISTORIETA MUDA)



I



II



III



IV

todos su estribillo: "¿Comprende usted?" "¿Está esto claro?" "¿Se entiende?", ó el muy generalizado de *digo yo...*, cosa completamente inútil de advertir, porque no hay nadie que pueda decir nada más que ellos.

Estos tipos son también estúpidamente indiscretos. Si tratas de refirarte, exclamando durante un segundo de silencio: —"Vaya, con el permiso de usted"... te contestarán infaliblemente: —¿y qué prisa tiene usted?" Como si tuvieran el derecho de saber la urgencia que requerían tus asuntos.

Un parlanchín no es lo mismo que un conversador, puesto que éste suele ser ameno y agradable, y aquél antipático é insufrible.

Dios te libre de encontrar en tu camino un parlanchín. Si vas á la oficina, llegarás tarde; si te diriges á los toros ó al teatro, habrá terminado la fiesta. Claro es que siempre te queda el recurso de implorar que se quede mudo ¡para que reviente!

Constantino Amador.

ALEGRÍA

Yo te aconsejo, lector,
que no pierdas el humor,
y en esta razón me fundo:
¿Qué se saca de este mundo
estando triste, señor!

¡Absolutamente nada!
Pasar la vida amargada.
Entonces ¿á qué rabiar?
¡Lo mismo nos van á dar
al final de la jornada!

A que sigan mi consejo
yo constantemente animo
lo mismo al joven que al viejo.
¡Si no hacen caso, les dejo
que sigan... haciendo el primo!

Yo, lector, desde pequeño
veo la vida de este modo:
todo lo encuentro risueño,
y, ¡es claro!, no me incomodo
ni nada me quita el sueño.

Los parlanchines.

La locuacidad, como la lepra, es uno de los más rudos azotes de los humanos. Un hombre locuaz, hablador, parlanchín ó *chascantín*—como dicen pintorescamente en algunas regiones—, es un ente absurdo é insufrible, perturbador, soliviantador y desesperante, contra el que no sirve ni la persuasión, ni la cortesía, ni la disculpa, ni aun la ciencia. El parlanchín es neciamente enciclopedista. De todo quiere saber; nada supone ignorar. Poco valdrá que para atajar su verborrea y verse libre de su charla, iniciéis las más intrincadas y complicadas pláticas, porque siempre hallará un punto, una idea ó una palabra que discutir. El parlanchín es eterno discutidor y contradictor. Un hombre que tropieza con un parlanchín, jamás llegará á tiempo á su destino. Si le tiendes la mano para despedirte, la retendrá entre las tuyas y continuará hablando; si le vuelves bruscamente la espalda, te asirá de un brazo, y hasta si pretextas una urgente necesidad orgánica, exclamará filosóficamente: "Bueno, pues le aguardo". Después de esto ya no te queda más recurso que la huida vergonzosa ó el homicidio.

Ha habido quien para libertarse de un parlanchín ha invocado la macabra superstición de hallarse su madre agonizando. ¡Vana disculpa! El parlanchín ha continuado disertando acerca de la vanidad de las glorias humanas ó sobre las exageradas exacciones de las empresas de pompas fúnebres.

El parlanchín siente un placer inexplicable en charlar, como el jugador en jugar, como el lector en leer. Su conversación es, pues, egoísta; habla para satisfacer una imperiosa necesidad.

Además, los parlanchines suelen tener

EL ÚLTIMO TRANVÍA



Unos vienen de ver un drama, y otros de ver un sainete.

NOTA POLÍTICA

¡Mucho cuidado si amas!
 ¡Mira bien dónde te metes,
 que el demonio son las damas!
 ¡Húye siempre de los dramas!
 ¡Son mejores los sainetes!

La verdad, yo no concibo
 sin razón y sin motivo
 esa "seriedad del burro".
 Procura ser expresivo,
 no misántropo y cazurro.

La risa es vida, alegría,
 juventud, bondad, amor,
 consuelo que Dios envía;
 algo, en fin..., que te diría
 si yo escribiese mejor.

La risa es un dón divino
 que Dios ha otorgado al hombre
 al trazarle su destino;
 por lo tanto, no te asombre
 ver siempre serio al pollino.

Ella alivia, pues, los males,
 y nos los hace olvidar
 á los míseros mortales;
 no la facultad de hablar,
 que hablan muchos... animales.

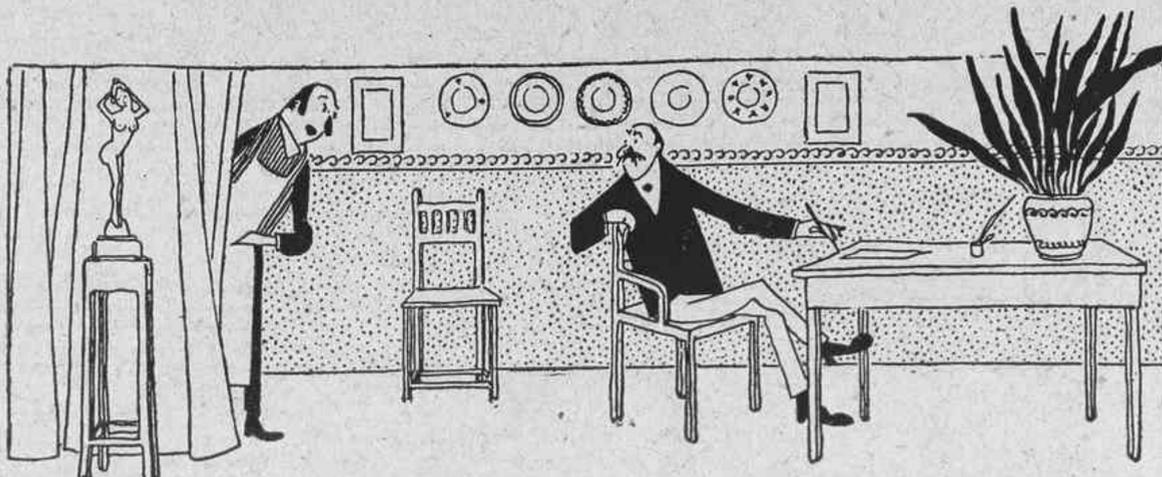
La alegría noble y sana
 que brota del corazón
 y esparce á la raza humana,
 es para mí soberana
 y digna de admiración,
 pues ella es un bien fecundo,
 y un lenitivo profundo,
 cuya risa nos convida
 á exclamar: ¡Bello es el mundo!
 ¡Viva el amor, que es la vida!

José Alarcón y Ortuño.

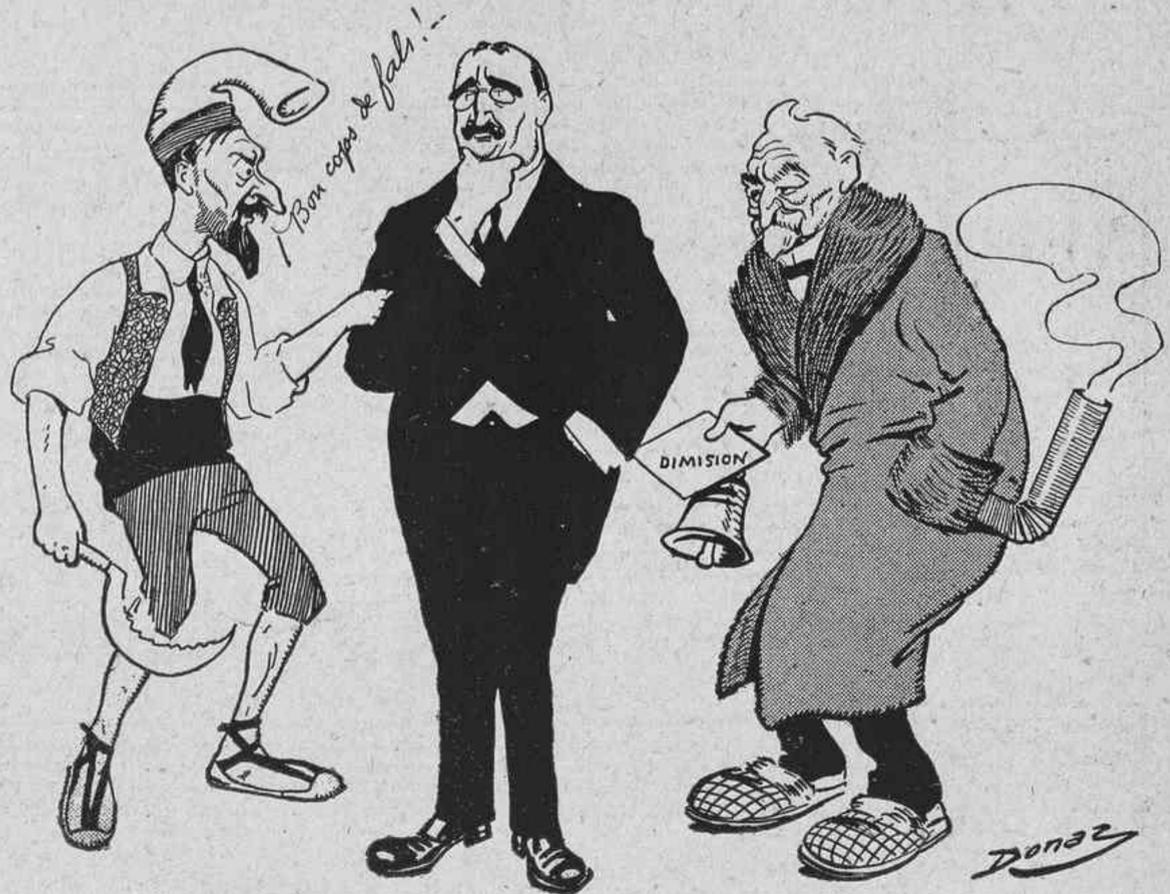
Lección de Aritmética.

El profesor don Ramón
 mandó al alumno Olegario
 que diese, de la lección,
 toda la numeración
 del sistema cuaternario;

El criado del autor.



— ¡Te he dicho mil veces que no me molestes cuando estoy frabajando.
 — Yo no sabía que el señor trabajaba; creí que estaba escribiendo nada más.



¡Pobre don José!... Entre el vacío de las mancomunidades, la espada de la huelga!... y la pared de Montero Ríos...!

y él le contestó aturdido:
 — Estudiarla no he podido
 y la sé bastante mal;
 pero en cambio me he aprendido
 la del *duodecimal*.
 Don Ramón, hombre despierto,
 para probar si era cierto
 le dijo:

— Escriba usted *enenta*.
 — Enenta... enen... ¡Que no acierto!
 — Pues escriba usted *dicenta*.
 Y viéndose acorralado
 el chico, muy desahogado
 fué y, sin pizca de rubor,
 escribió en el encerado:
 Joaquín Dicenta, escritor.

Valentín Mouro (hijo).

Plumadas.

¡Cuántos diputados hay
 que ni á la calle se asoman;
 unos por falta de votos
 y otros por falta de botas!

Tantas veces, simpática Inés,
 te pinté mi amor...,
 que he aprendido á pintar en un mes
 y sin profesor.

¿Preguntas qué son políticos?
 Pues los políticos son:
 Romanones, un atún;
 Soriano, una coliflor;
 Barroso, un calabacín;
 Canalejas, un melón;
 La Cierva, un congrio, y Gasset,
 un queso de Roquefort.
 Así, pues, ¿qué se deduce?
 Que los políticos son:
 "productos alimenticios
 al por mayor y menor".

Al amor lo han comparado
 con todas las cosas, Marta;
 yo, al compararlo contigo,
 soy quien mejor lo compara.

El amor y el veneno
 es más perjudicial cuanto más bueno.

José López Jiménez.

A LA BELLA Y DISTINGUIDA ARTISTA PEPIJA SEVILLA

ENTRE BASTIDORES

VALS POR EL MAESTRO MODESTO ROMERO

Vals lento

PIANO

f Brusco è poco pesante

The musical score is presented in a standard format with a grand staff. The top system consists of a vocal line in treble clef and a piano accompaniment in bass clef. The piano part begins with a dynamic marking of *f* and the instruction "Brusco è poco pesante". The subsequent systems are for a violin and piano. The violin part starts with a key signature of one sharp (F#) and a dynamic marking of *pp* (pianissimo), with the instruction "llegero". The piano accompaniment features a steady bass line with chords and some melodic fragments. The score is divided into measures by vertical bar lines, with various musical notations such as notes, rests, and slurs.

The first system of musical notation consists of two staves. The upper staff features a treble clef, a key signature of one sharp (F#), and a time signature of 3/4. It contains a melodic line with various note values, including eighth and sixteenth notes, and rests. The lower staff is a bass clef accompaniment consisting of block chords. A dynamic marking 'p' (piano) is placed above the second measure of the upper staff.

The second system continues the musical piece with two staves. The notation follows the same structure as the first system, with a treble clef and bass clef staff. The melodic line in the upper staff continues with similar rhythmic patterns and note values.

The third system of musical notation consists of two staves. The upper staff continues the melodic line, and the lower staff provides the harmonic accompaniment. The notation includes various note values and rests.

The fourth system of musical notation consists of two staves. The upper staff continues the melodic line, and the lower staff provides the harmonic accompaniment. The notation includes various note values and rests.

The fifth system of musical notation consists of two staves. The upper staff continues the melodic line, and the lower staff provides the harmonic accompaniment. The notation includes various note values and rests.

The sixth system of musical notation consists of two staves. The upper staff continues the melodic line, and the lower staff provides the harmonic accompaniment. The notation includes various note values and rests.

(continua)

LA LEYENDA DEL MESON

Tenía buena fama en el lugar—la huésped de la casa—y echábase á dormir con ella y con cuantos querían; templaba gustos y careaba placeres. ("Vida del Buscón".—QUEVEDO.)

No había otra posada en el pueblo, que no era chico, con tanta parroquia de arrieros y trajinantes, como la de Medina. Llamábanla así, no porque el dueño tuviera tal nombre, que nunca hubo Medinas en Valdeuste, el lugar de nuestro cuento, sino por estar al margen del camino real que conduce á la ciudad de las antiguas cortes castellanas.

Buen aloque tenía la posada de Medina, á cuya puerta no faltaban nunca tres ó cuatro mulas, de otros tantos arrieros que echaran el alboroque; pero si fama tuvo el vino de este mesón, no menos disfrutóla el ama de él, prima carnal de aquella famosa Tal de la Guía, y estoy por jurar que amiga de aquellas otras Videña y Planosa, sin que me remuerda el juramento en los pocos ó los muchos años que Dios se sirva conservarme.

Quiero decir, que la tal ama era Celestina "que templaba gustos y careaba placeres...: no había moza en Valdeuste que, habiendo pisado los quicios del mesón, dejara de mirar con ese desenfado que da la impudicia y las cadenas, y las sortijas y los avalorios...

No se crea, pues, que nuestra posadera había hecho flux con la primavera de sus floridos años, que aún lucía buenas car-

nes, muy capaces de tentar al más pintado, pues no faltaban huéspedes que dejaran caer en la tal tentación... ¡Cafan como moscas! Porque, entre ella y su marido, un licenciado de galeras no sin fama baladrón, disponían la farsa de tal modo, que más de cuatro quedaron la bolsa en la posada sin llegar á la consumación de sus malsanos intentos...

Así que llegaba algún hidalgo de tierra adentro ó algún viandante que le olieran con dineros, ya estaba la posadera dándole jarabe de pico...

Era de ver como les hablaba:—Si vuesa merced no lleva prisa, más le valiera anochecer en Valdeuste, que, ó mucho yerro ó llueve de seguida. Si no era de llover, ponía otro pretexto y las ambas manos por detrás del cuello, mientras guiñaba un ojo picarescamente, según parlaba de tal guisa.

Unos no se curaban de tales razones y seguían la caminata, que pudieran estar sobre aviso de la trampa que en el mesón estaba al uso; mas otros, que nunca falta algún incauto, seguían el palique de la mesonera, cenaban allí, y de los dichos corríanse á los hechos, como quien resbala por una maroma ensebada, que el amor sabía, muy hábilmente, conducir las cosas á su antojo... y al del galán.

Cuando ya iba el negocio muy vencido, que ella dejábase abrazar lo mismo que si fuera un poste, decía:—Mire, tenga mucho cuidado, que mi marido puede andar á los alcances, y si nos coge me mata que de celoso tiene más que mucho. Váyase á su aposento, que luego iré yo con prisa.

Y no tardaba en reunírsele la buena mujer...

Ello es que al poco tiempo principiaba el posadero—dando grandes gritos—á llamar á su costilla. Como no le respondiera, buscábala por toda la casa, hasta dar, en lo que no tardaba mucho, con el sitio donde estaban los dos tórtolos...

—Mala pécora, abre ó tiro la puerta.

—¡Por Dios, contestaba ella desde dentro, no metas ruido, que yo te abriré!... Mira que yo no tengo la culpa, que este malandrín del diantre, metióme en semejantes andanzas...

—¡Diga que no, argüía el pobre diablo, que fué ella! Y mientras hablaba mil sinrazones, ya franqueada la puerta, presentábase el mesonero blandiendo un descomunal garrote.

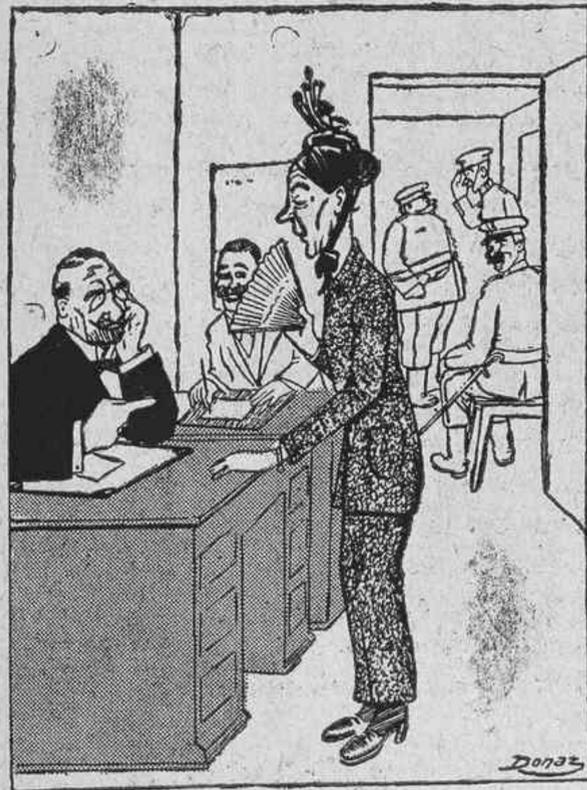
Fuera empresa vana para nosotros, querer describir los pormenores de la premeditada escena que desarrollábase entre los tres personajes; mas al fin, como iluminado por una salvadora idea, hablaba el licenciado:

—Mire..., vuesa merced ha querido quitarme la honra...: esto se arregla dejándonos la bolsa, ó la mula y el hato si no trae blanca...

Y en menos tiempo que se dice desvarijábanle y le ponían en medio del camino real, con lo que dábese por muy satisfecho el pobre víctima, por salir de la empresa con el pellejo sano.

Diz que de este modo cogió fama la posada de Medina, y buenas piezas los posaderos; hasta que tomó cartas la justicia, por cierto cuerpo muerto que apareció, en el camino, sin gregüescos...

José Martín y Alonso.



—¿Puede usted precisar dónde la han robado?
—En la plataforma de un tranvía.
—Pero ¿no sintió usted la mano del ladrón?
—Sí, señor Comisario.
—¿Y por qué no gritó usted?
—¡Porque creí que me acariciaba!

CANTARES

Las puse en una balanza
y no sé qué pesa más,
si las dichas que te debo
ó las penas que me das.

En el mar proceloso
de mi existencia,
son tus ojos el faro
que dicen "tierra";
puerto tranquilo,
donde arriba la nave
de mi destino.

Dice el corazón que sí
y la cabeza que no;
pero imperioso y altivo,
vence siempre el corazón.

Por mucho que te alejes
no irás tan lejos
que seguirte no pueda
mi pensamiento;
él, en tu ausencia,
lleva siempre á tu lado,
mi vida entera.

Margarita.



—Pilarcita, ¿qué quieres ser?
—Mi papá de los domingos dice que sea cantante; mi papá de los jueves que bailarina; pero yo quiero ser lo que mamá; así estaré siempre en la cama.

DETABULLO LITERARIO



El caballero Amor es una zarzuela un poco absurda que ha escrito D. Javier de Burgos, y que se estrenó el jueves en el Teatro Martín. Siento mucho que no me guste esa obra, porque como toda la prensa la ha censurado con acritud, tendría cierta bizarría aristocrática que la defendiese yo. Pero no puedo. Que yo la elogiase representaría un grave peligro para mí. Todos mis contemporáneos pedirían airados que se me recluyese en un manicomio.

La cosa es, principalmente, muy aburrida; toda la sala era un inmenso bostezo. *El caballero Amor* es un completo desacierto. El detective, que representó muy afortunadamente Severo Uliverri, es de un candor que alarma. El tipo es falso, inconcebible, desatinado, como todos los otros personajes de la desventurada comedia. El primer cuadro se desarrolla en una jefatura de policía, donde los gendarmes se dedican á arrojarse serpentinas para pasar el rato; llega luego el conde Mauricio, policía de afición; y más tarde la ladrona Carolina, terrible adversaria del detective, va á buscarle, no sabemos para qué, y entre los dos representan la escena más desatinada que puede figurarse el lector. El pobre detective se deja quitar las balas de su pistola, permite que la ladrona le tome el pelo y conversa con ella en un estilo propio de cualquier chico de comercio de mercería. Aunque él sospecha que ella es la delincuente, se deja narcotizar con un extraño perfume que no le impide hablar, pero que le retiene en un sofá, inmóvil, como acometido por un fuerte ataque de reuma. En fin, no quiero amargarles la vida á mis lectores contándoles *El caballero Amor*, que es una desdicha, un absoluto desacierto.

Merecen mención los hermanos Uliverri, que cantaron muy bien y pusieron toda su buena voluntad, aunque inútilmente. La tiple cómica Srta. Vela y el Sr. Blancas fueron fuertemente aplaudidos en una danza de apaches. La señora Romero demostró un excelente temperamento artístico en su menguado papel, y los demás intérpretes se esmeraron estérilmente.

El público toleró sin protesta hora y media de escenas desatinadas, cursis, aburridoras; Javier de Burgos debe meditar un poco, arrepentirse y prometer solemnemente no volver á hacer nada semejante á *El caballero Amor*.

Algunos autores sólo se preocupan de hilvanar una gabucilla descabellada que tenga efectos—efectos se llaman á todas las atrocidades—y no se cuidan para nada de los personajes, que no tienen nunca ni cerebro, ni nervios, ni corazón; sólo son peles ridículas, lo pintoresco es que se creen

Gente de teatro, que dominan el mecanismo de mover los muñecos! Casi todos los que hablan así son cretinos. En el teatro no hay más mecanismo que ver la vida real con ojos de artista y transportarla con la mayor fidelidad. Por eso es un género superior el sainete. Estas comedias de inventiva como *El caballero Amor*, imaginadas por un sujeto sin fantasía, resultan verdaderos monstruos y dan al fin y al cabo la triste sensación de que los autores son unos enfermos que las escribieron bajo una fiebre de cuarenta grados.

Nuestro pésame al maestro Ortells, que malogró una preciosa partitura, adaptándola á *El caballero Amor*.

* * *

Varias veces he tenido el gusto de decir que me molestan mucho los melodramas. Pero el público no está conforme conmigo y retorna al buen tiempo de *Los pobres de Madrid* y *El cabo Simón*. Lo siento por el público.

En el Cómico se ha estrenado una obra de este género, *El machacante*, que, como melodrama, me parece tan abominable como cualquier otro. Pero *El Machacante* es una obra de mucho ingenio, de mucha espontaneidad y de mucha gracia en la parte cómica, que es de fijo lo que ha escrito Julián Moyrón. ¿Verdad, chacalito?

Este señor Moyrón tiene condiciones naturales para escribir sainetes, y debe hacerlos, y los empresarios deben seguir el ejemplo de Chicote y estrenarle pronto cuanto haga, porque será regocijo para la gente y dinero para la taquilla y para que Moyrón se solace con las damas de la aventura, cosa que es perfectamente respetable.

Envío mi parabién á los autores de *El Machacante*, y baste ya de elogio, porque á la gente le gusta más ver cómo se vapulea que no cómo se ensalza, y mi deber de escritor público es complacer á Cretino. Pero antes debo decir que Loreto Prado y Chicote pueden considerar esta obra como un gran éxito personal. Estos artistas merecen obras mejores que las que les suelen llevar los autores, excepción hecha de *El Machacante*. Loreto es genial, á pesar de las comedias de su teatro. Chicote es un gran actor caricatural, á pesar de todos los melodramas que le han hecho representar autores como el Sr. Larra, por ejemplo.

Emilio Carrere

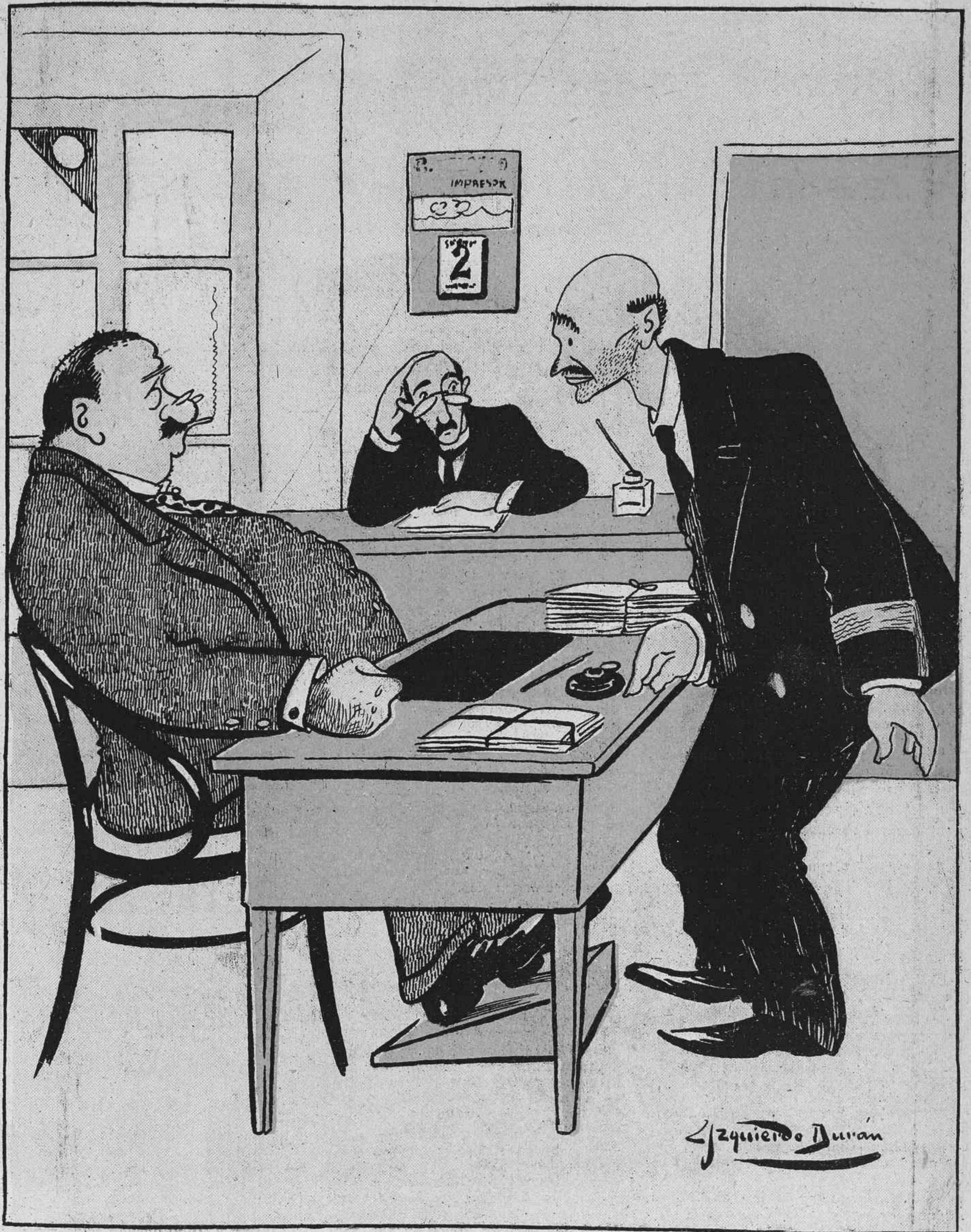


CONSEJOS PATERNALES, por Donaz.

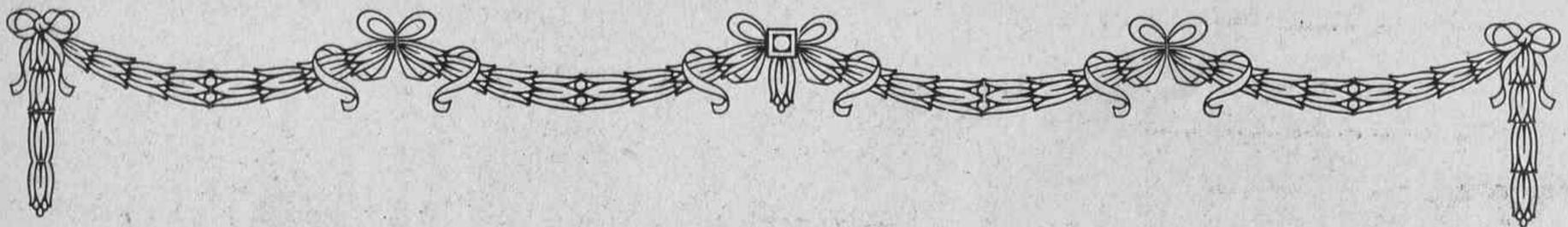


—Mira, hijo mío; tienes treinta años. Ya es menester que vayas pensando en la mujer...
—¿En la mujer de quién?

DE VUELTA DEL VERANEO, por Izquierdo Durán.



—A ver, Sánchez, ¿quién se ha llevado el raspador que dejé en mi cajón al marcharme?
—Yo no he sido. Lo único que cogí, y se lo di á mi mujer para envolver, fué un expediente que tenía usted desde hace mucho tiempo encima de la mesa.



ES EL AMOR QUE HA PASADO...

(LOS NIÑOS DEL PORVENIR)

PERSONAJES:

LUISITA, siete años.

MARICHU, seis años.

JULITO, ocho años.

BOBY, un año.

MERY, miss de edad dudosa.

En un rincón de la *nursery*, la institutriz duerme el sueño del aburrimiento con el *Quijote* entre las manos. Los lentes, cansados de cabalgar sobre la borbónica nariz de la inglesa, han venido al suelo sin estrepito.

Boby, hermano de Marichu y Julio, runrrunea en una silla mágica, encubridora de cosas horribles.

Luisita. Mira Julio cómo duerme la miss.

Julio. ¡Hum! Se hace la dormida para espiarnos...

Marichu. ¡Tu siempre tan desconfiado.

Julio. No es desconfianza. Te digo que esa mujer «es de cuidado». ¿No se lo has oído decir á mamá? Todo se puede esperar de una mujer que cuando habla con el novio cierra los ojos.

Luisita. ¡Ah! ¿Pero tiene novio?

Julio. ¡Naturalmente! Tu has visto alguna miss sin novio?

Luisita. La miss. ¡Nunca la he visto con un hombre!

Julio. ¿Te creerás que se va á pasar sin él? ¡Sabe Dios dónde se verán!...

Marichu. ¡Qué agradable debe ser tener un novio!...

Julio. Sí; y sobre todo hacerse la dormida.

Boby, libre de molestas preocupaciones, intenta emanciparse de la silla misteriosa que oculta sus maldades. Marichu mimosamente libra á su hermanito de la opresión de la diabólica silla, y después de besarle se sienta con él en un rincón para dormirle cantando.

Julio. ¡Como te vea la miss! ¡Ya sabes que no quiere que cojas al pequeño!

Marichu. Por eso le cojo ahora, que no me lo puede impedir. (A Bobby.) ¡Rico! ¡Precioso! ¿Quién te quiere?

Luisita. ¡Qué agradable debe ser tener un niño!

Julio. Más agradable debe ser tener siete, como tu mamá.

Luisita. No lo creas. Mamá no cesa de rabiarse con tanto chiquillo.

Julio. (Con sorna.) Pues chica, no le disgustarán tanto cuando ha encargado otro á París.

Luisita. No sé nada. Esas son cosas de papá.

Julio. O de mamá.

Marichu. Oye, Luisita, á tu mamá le harán rebaja en la fábrica, ¿verdad? ¡Cada año un nene!

Luisita. ¡Anda! ¿No gastas tu un traje todos los años?

Pausa prudencial.

Marichu. ¿No te parece, Julio, que debíamos abrir el balcón?

Julio. (Comprendiéndolo todo.) No; mejor sería colocar el sillón al ladito de Mery.

Marichu. No seas cruel. La irritarías, y si se quejase á papá nos daría unos azotes.

Julio. ¡Oh! No quiero ni pensarlo. Luego no me podría sentar en ocho días.

Luisita. Pero, ¿tu papá pega?

Julio. Sí; pero nada más que cuando somos malos.

Luisita. ¡Qué ordinario! ¡Bien que pegase á tu mamá, como hace el mío; pero á vosotros...

Julio. Sí, sí; Pensarás que se puede pegar á mamá tan fácilmente. Si papá lo intentase se lo comería vivo.

Luisita. ¡Qué genio!

Julio. Como que con ella no tenemos miedo á los ladrones.

Luisita. En cambio la mía es una asustadiza! Y debe temerle todo de la gente, porque lleva el corsé forrado de algodones, como coraza.

Julio. No te fíes. A lo mejor es para que le abulten las caderas.

Marichu, abstraída en la contemplación del pequeño Bobby, se remontaba á las regiones etéreas. La miss ronca con el estruendo de un caballo y su nariz se infla magnífica como un obelisco sobre su faz grisienta. Luisita y Julio comienzan á descifrar el misterio de un rompecabezas. Lentamente anochece.

Julio. (Bajito á Luisa.) Oye, ¿has pensado en eso?

Luisita. (Bajando los ojos.) Sí.

Julio. ¿Qué has decidido?

Luisita. (Tenuemente.) Ser tu novia.

Julio. (Ya lo sabía yo. ¡Todas las mujeres son iguales!) Gracias, morucha.

Luisita. ¿Morucha? ¿Qué quiere decir eso?

Julio. No sé. Quizás algo bueno, porque se lo oí á Nicolás cuando besaba en el pasillo á la doncella.

Luisita. Pero tú me lo has dicho sin besarme.

Julio. Mujer, qué impaciente eres. ¿Qué guardas entonces para cuando nos casemos?

Luisita. Oye, Julio, ¿tendremos siete niños como mi mamá?

Julio. ¿Nada más? Me parecen muy pocos.

Luisita. (Triunfante.) ¡Ya me ha salido el rompecabezas!

Marichu. (Desde un asiento donde ha escuchado atentamente el diálogo de los amantes.) ¿Qué estampa has sacado?

Luisita. ¡La del matrimonio!

Marichu. ¡Me lo estaba figurando!

Luisita. (Sonrojada.) ¡Qué cosas tienes, mujer!

Julio. Mira, Marichu, en vista de que Bobby se ha dormido en tus brazos y la miss sigue roncando, conviene despertarla. ¡Mary! ¡Mary!... ¡Despierte usted, que se ha dormido Bobby!...

Mery. (Despertando.) ¡Qué molestos sois, demonios! ¡Ahora que soñaba yo con un buen matrimonio!...

Marichu. ¡Me lo estaba figurando!

Julio. (¡Ni en sueños está sola!)

La miss recoge al pequeñuelo de los brazos de Marichu y se aleja rumiando. Antes que ella, la madrecita corre á preparar la cuna de su hermano.

Luisita y Julio quedan solos, rodeados por las sombras del crepúsculo, y en la deliciosa penumbra de la estancia suena un beso sutil. Tras los cristales cruza un fantasma luminoso. Es el amor que ha pasado...

INFORMACIÓN TEATRAL

Ya han abierto sus puertas al público todos los teatros que en Madrid cultivan el simpático género chico; ya en algunos dieron á conocer nuevas producciones, ya estamos los madrileños en nuestro centro...

Terminóse el descanso *veraniego* para los artistas; encuéntranse á las horas presentes en plena lucha; los autores, lo mismo; á diario éstos visitan constantemente á las Empresas, ofreciéndoles obras inéditas, futuros éxitos—fracasos, también—que más tarde, poco á poco, hemos de ir conociendo.

La alegre vida teatral ha dado comienzo; cuantos gustamos de seguir su marcha paso á paso, nos hallamos esperanzados de disfrutar de lo lindo; quiera Dios que nuestras esperanzas no se truequen en amargos desengaños, y ójala que la temporada teatral de 1912-1913 resulte lucida y provechosa para empresarios, autores, artistas y para el público en general.

Ahora bien; la abundancia de espectáculos que se ofrece á la gente, se me antoja pensar que el negocio teatral no puede llegar á ser par muchas empresas un negocio «redondo».

El precio de las localidades—cada día más elevado—tal vez sea la causa de que las taquillas de los coliseos «se resientan». En verdad, resulta un poco-bastante-carro pagar cinco reales por sección.

Numerosas familias que se componen de varios individuos, y que su posición no les permite grandes dispendios, y que no tienen más remedio que «figurar» entre la gente—¡oh pícaro sociedad de mis pecados!...—se ven precisadas á ir al teatro una ó dos veces al mes todo lo más, en lugar de tres, cuatro y cinco que iban antes, cuando en tiempos mejores las butacas costaban á tres reales, y á este tenor las demás localidades.

Esas respetables y modestas familias recurren á los *cinés*, en donde, como todos sabemos, por 50 céntimos, en preferencia, se pasan muy distraidamente y en buenos locales,

un par de horitas. A los niños les entretiene tanto ó más el *cine* que los teatros, y á sus padres les ahorran algunas pesetas llevándolos á ver películas y más películas, que, francamente, no son ningunos mamarrachos; por el contrario, entretenidísimas y para todos los gustos. ¡Viva el «socorrido *cine*!»...

A fines de la temporada anterior, en coliseos como Apolo y el Cómicó, bajaron 10 céntimos el precio de las butacas; en la actualidad he visto con sorpresa y relativo sentimiento—por lo que afecta á mi pobre bolsillo—, que esos 10 céntimos han vuelto á ser incluidos en el precio de las butacas. ¿Por qué razón, señores empresarios?

En capilla.



—Puede usted pedir lo que quiera y se le servirá.

—Un papelillo de antipirina.

—¡Bah!... ¡Para el tiempo que le va á doles á usted la cabeza!...

Si tratan ustedes de restar público á sus teatros, en ese caso, «ni media palabra más», allá ustedes; si, como es lógico, suspiran por ver con frecuencia colgado en los despachos de billetes el simpático cartelito de «no hay billetes, entonces, mediten un poco, y procuren por todos los medios abaratar los precios de las entradas, pues, si no, *pa* mi que algún coliseo no llega funcionando al mes del clásico pavo y los turrónes...

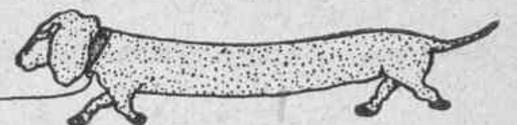
Piensen, mis queridos amigos, los empresarios, que el *cine* os hace una guerra espantosa, que menudean los éxitos de las obras que se estrenan, por haber perdido «los papeles» varios autores á consecuencia del exceso de producción teatral que padecemos de tres años á esta parte; echar bien vuestras cuentas, y á ver si podéis dar al público más facilidades par que acuda á dejaros el dinero, un día si y otro también, al ser posible.

¿Que os veis agoviados de impuestos? Todos los empresarios reunidos y de acuerdo con autores y cómicos, en Madrid y provincias, podéis conseguir mucho en unos días. ¿Estamos? Y si las gestiones que realizaréis en defensa de vuestros respetables intereses no os dieran resultado—que acabaría por darlo—pues no hay mas que una solución: á cerrar los teatros; pronto volveríais á abrirlos, ¡ya lo creo!

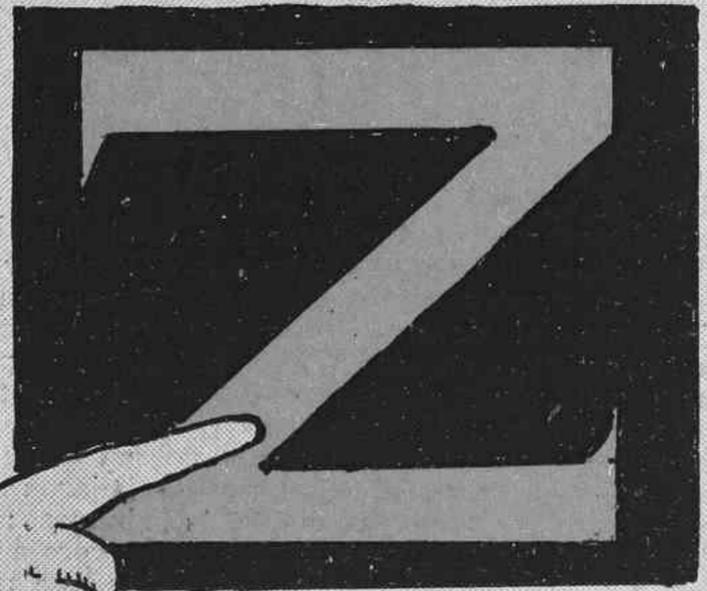
¿Que decidís por apatía—condición española—continuar sufriendo las consecuencias de nuestra tranquila forma de tomar las cosas? ¡Buenos chicos!

Acabaréis también por tener que cerrar los teatros; pero de distinta manera; sino completamente arruinados, lamentándose de la catástrofe que os origine vuestro quebrado negocio. En fin, lo que sea, sonará, y allá cada cual se las componga como pueda; ya hablaremos andando el tiempo; si «Manolito», el de «arriba», no se opone y nos da un disgusto de esos que no tienen remedio.

Colirón.



LA LÁMPARA



es tan fuerte
como la mas
fuerte extranjera

HILO LAMINADO

Donaz